

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO

DECANO DE LOS PERIÓDICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR



AÑO III
Nº 117
Mayo 24 de 1896

PRECIOS-SUSCRICION

MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	" 5.00
Un año	" 9.00

EXTERIOR

Los mismos precios en moneda equiva-
lente, con el aumento del franqueo.

Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

◆ Personajes célebres ◆

DE LA HISTORIA

DOÑA JUANA LA LOCA



Wimphame II

IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 57

El turno ahora le toca
a esta reina a quien la Historia
de su demencia en memoria
llama hasta hoy Juana la loca.

Mas la intención no se trueque
si por loca ó por descuido
la reina nos ha salido
parecida a Palomeque.

Pues no es de extrañar; que brujo
a ambos dió el perdido seso,
y se parecen en eso;
en que les falta un tornillo.

SUMARIO

TEXTO.—Zig-Zag, por Arturo Giménez Pastor.—Dice La Nación...., por K. Kaiff.—Arte Nacional—La tapera.—Teatros, por Re-bemol.—Para Ellas, Luisa, (Continuación).—Epigramas.—Cuentos ajenos—El derribo, por José de Roure.—Menudencias.—Correspondencia particular.—Correo administrativo.

GRABADOS.—Personajes célebres. Doña Juana la loca, por Wimplaine II.—La tapera, por Héctor Escardó.—Al asalto, por Wimplaine II.—El derribo (dos viñetas de Huertas, reproducción de Aurelio Giménez.—Teatros—tenor Derubeis y varios intercalados en el texto por el mismo.

ZIG-ZAG



Ahora sí que no nos podemos qujar. Otono nos ha obsequiado con levass, humedades é interpelaciones.

Cosass todas de grande utilidad aunque no parezca.

Por lo que hace á las levass, no podían haber llegado en mejor oportunidad; pues en época en que ya no bastan las levass contra el céfiro de los temblores, las levass vienen á pedir de boca, ó á pedir de Etcheverry, porque este es quien las pide.

Respecto de las humedades, si bien es cierto que suelen producir bronquitis agudas (nombre que, de paso, no me explico, siendo como son por lo general graves), en cambio nos dan, á todos los que trabajamos más de lo regular, la seguridad de que no nos quedaremos secos laborando.

Ahora, tocante á las interpelaciones, esas sí es verdad que no tienen maldita la utilidad práctica, porque al fin y al cabo las cosas quedan como estaban, ni más ni menos, y á veces más que menos, dan siquiera ocasión á bromitas y hacen hablar á Monsieur. Porque, vamos, que el diputado Flores las gasta pesadas (las bromitas) y el pobre y estimable Monsiur las pasa amargas.

Poco ha, en un almuerzo, (¿donde había de ser!) ya el diputado Flores le hizo comer puchero con digustos, por aquello de «felicitarle porque un antiguo defensor de Paisandú formase parte actualmente de un Gobierno colorado, hecho que demostraba el progreso institucional del país» (y la flexibilidad ventral de Monsieur).

Ahora, es en pleno Parlamento que, sin respeto á su alto rango, ni á su atrayente aunque zapateril calva, ni á sus *fiers mostaches*, le expone un tanto ridículo á la consideración de sus *concitoyens*, diciéndole:

«El señor ministro de la Guerra en las batallas campales á que ha asistido, en los asaltos ó defensas de pueblos de que ha formado parte, habrá visto caer á su lado hombres que luchaban é invocaban las libertades públicas, al morir.»

—*Mai, ce n'est pas vrai!* diría entre sí Monsieur, fe de sorpresa el ombligo al oír lo de batallas campales!! asaltos!! y defensas de Pueblos!! (Esto va de fijo por lo de Paisandú.)

Es claro; eso no se sabe en France, ni en el Uruguay, siquiera, y presenta al dulce Monsieur bajo un aspecto de fiera que no es ciertamente el que gasta el digno Mi-

nistro. Pero ya hemos dicho que el diputado Flores las gasta pesadas.

Porque miren ustedes que eso de decir «que ningún hombre serio que tenga la libertad de concurrir ó no á las bodas de Camacho, pueda concurrir á ellas, porque sería realmente vergonzosa esa concurrencia», es fuerte, caramba!

Sobre todo para el excelente D. Juan Escelencia que se prepara á asistir á las bodas de Camacho Panificadas, y que no halla vergonzosa, si no por el contrario, muy nutritiva tal concurrencia.

—¡Claro!—se dirá él—¿qué tiene que ver la leña con la fiesta, si á ésta se va de saco, en razón de ser campestre?

Esa es harina de otro costal. De la que se hacen los Panes obsequiantes y no atropellantes.

Por otra parte, ¿cómo es eso de que ningún hombre serio puede asistir? Parece que es cuestión bastante seria la de embucharse todo lo que allí se presente.

Ningún hombre serio! De modo que solo podrán asistir Granada que es gracioso, y Cabral que es alegre y Vidiella que es chisposo, ó chispeante, á ratos.

Vean las cosas que vienen á resultar de una interpelación.

Pero sobretodo, lo que de fijo habrá provocado una formal pregunta á Brian, es sin duda ese nombre de *bodas de Camacho*, que el dió el diputado Rodríguez á la fiesta.

—Bodas de Camacho! se habrá dicho don Juan. Pues hombre; yo no sabía que Pan fuera también casamentero. ¿Querrá agarrarme de padrino.... Pero ¿quien será ese Camacho? De fijo algún gauchó; Camacho parece apellido de gauchó.

Entonces Brian le habrá explicado que, puesto que en ello ha de haber algún pavo de la boda, que será el buen pueblo, naturalmente, de ahí que el diputado Rodríguez ande buscando bodas á quien aplicar el pavo.

Por que, también esto lo dijo el interpellante:

«Esas bodas de Camacho ¿las va á pagar el señor Jefe Político de su bolsillo, ó las va á pagar con los dineros de la Nación?»

¡Claro que con éstos!

Como pueblo generoso, eso sí, no habrá dos; y si ha pagados los despilfarros sultanescos de don Máximo Santos, y los devaneos galantes de don Julio el impuro, ¿qué de extraño que pague los inocentes placeres ventrales de don Juan y su farináceo Jefe Político?

Es lo que todos decimos aunque no lo dijo el señor Ministro de Gobierno que ¡claro, tratándose de mirar! mira las cosas desde muy distinto punto de vista que los demás; pero él nació así ya; con los ojos mal.

No obstante lo cual se dió la Cámara por satisfecha.

De fijo que el señor Ministro no se ha dado por tan satisfecho.

Ni mucho menos los voluntarios.

Ni don Juan; porque la interpelación ha dado serio disgusto á su Escelencia.

Lo único que le pareció bien fué aquello que dijo el señor Flores de que el señor Pan procede mal cuando así invita y convoca á los habitantes del Departamento á comer asado con cuero».

—Muy bien criticado, exclamó don Juan al leer la crónica. Muy bien criticado. Es una burredada de Pan. «Invita y, con boca!» Claro que tratándose de comer, cada cual ha de llevar su boca, y bien preparada, carachol!

Y va de capitanes.

Ahora resulta que medio gremio de Jueces de Paz es del oficio de Napoleón y Pigurina, es decir, militar.

Después del señor Carriconde, puesto por el Tribunal en la cruel disyuntiva de herrar ó quitar el banco, disyuntiva que, digo yo, habrá resuelto en el sentido de quitar el banco, porque bastante ha de haber errado ya desde que calzó el puesto, después de este, decía, aparecen militares también los Jueces de Paz señores Toscano, Godoy, Nieto y Aprile, cualquiera de ellos más Capitán que el mismo Nebel en liquidación.

Es decir: de la liquidación; por lo del Banco Nacional.

A causa de lo que, á lo que parece, tendrán que optar también entre el juzgado ó las charreteras.

La verdad es que en este caso la ley es desigual (como en muchos otros).

¡Qué demonio! Ya tenemos en el ejército

capitanes cocineros, y capitanes lacayos ó cocheros, sin que esto provoque incompatibilidad de funciones; ¿por qué la ha de provocar el hecho de ser Juez de Paz?

Porque, me parece á mí, entre desplumar un pollo con destino á la cazuela, ó desplumar á un litigante con destino adverso, no hay mayor diferencia.

Pero ahora se explican perfectamente los atentados á la ortografía que han hecho famosos á los jueces de Paz. Pocas veces anduvieron de acuerdo las armas con las letras, y por ende las letras con la ortografía en el majín de los señores jueces. Era natural.

¿Y ahora qué harán esos bélicos funcionarios?

Propongo que les dén colocación en el batallón del coronel Etcheverry; ya acostumbrados á casar, como estarán, después de haber casado á tantos, poco les costará prestar grandes servicios en la caza de voluntarios, á que se dedica el coronel. Es cuestión de una letra apenas... Verdad es que las letras han sido siempre los mayores enemigos de los jueces de paz.

O bien propongo que, para variar, se forme con ellos un Batallón 1.º de Casadores.

Para los efectos del casamiento entre militares.

De todas maneras, es imposible que sigan siendo jueces de Paz, quienes se dedican á la carrera de la guerra.

Aunque, como me decía un señor, no veo á qué vienen ahora estos aspavientos, porque los tales, toda la vida han tenido título de oficiales.

De Oficiales de Estado Civil.

Empezó ya á regir el impuesto á los cigarrillos.

Con tal que pare ahí eso de los impuestos, trdo va bueno.

Que es difícil que ahora que va entrar el invierno resista D. Federico Vidiella á la tentación de decretar un impuesto sobre las narices coloradas, las pulmonías fulminantes ó los dolores de muelas.

¡Hombre! ¿Y si se sustituyeran las hojas por hojas de papel sellado?

He ahí una idea feliz, don Federico.

En La Tribuna Popular:

«La persona que haya perdido un prendedor que en la parte superior tiene un mechón de cabello, puede pasar por esta imprenta á recogerlo.»

—¡Hombre! Un prendedor con mechones de cabello.

—Se le habrá perdido á alguno que usa el pelo postizo sugeto con prendedores, para más seguridad!...

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

Dice "La Nación"....

Dice La Nación que está mejorando la situación.

Pues muy bien se vé! lo están demostrando Pan y Bové!

Que el bueno de Pan los cueros surtiendo va con afán.

Y en el San José cosas van haciendo que yo me sé.

Pues! ni más ni menos que en tiempos del 5.º ¡los tiempos buenos!

Dice La Nación que está mejorando la situación...

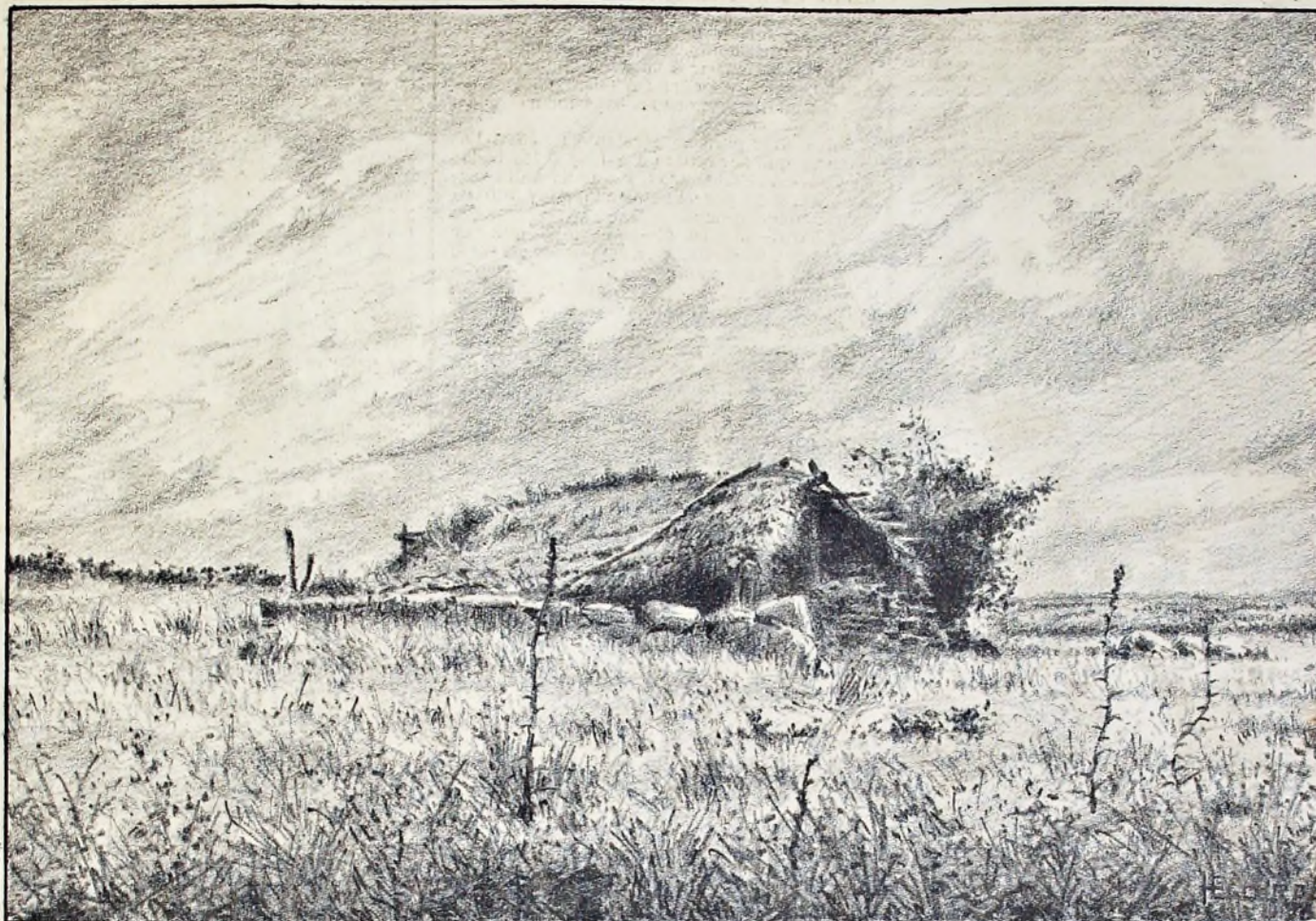
En tanto Don Juan casas va comprando. ¡ya costarán!

Tipos conocidos su sólo rodeando van muy rendidos,

y anda, ¡qué elegancia gasta la familia!... ¡Oh, la abundancia!

Arte nacional

(«La Tapera», cuadro de Héctor Escardó. Dibujo del mismo.)



Entre los pastos tirada como una prenda perdida, en el silencio escondida como caricia robada, completamente rodeada por el cardo y la flechilla que, como larga golilla van bajando a la ladera, está una triste tapera descansando en la cuchilla.

ELÍAS REGULES

Aunque el joven autor es español, la obra con cuya reproducción nos obsequia, á pedido nuestro, es muy nacional, por su asunto, inspirado por la conocida décima de Regules, por su colorido, y

por su lugar de producción, donde ha estudiado mucho Escardó, sorprendiendo entonaciones y detalles típicos de nuestra campaña.

La tapera, espuesta breves días, gustó muchísimo y con razón. El asunto interesante, nuestro, y admirablemente tratado, lleno de expresión, sentido, en una palabra, hacen de este cuadro una obra de mucho mérito.

Creemos pues dar una agradable sorpresa á nuestros lectores ofreciéndoles la adjunta reproducción, de mano del mismo artista que evocó en el lienzo la triste tapera, al cual agradecemos efusivamente su cortés atención.

Han vuelto á repetirse *I Pagliacci*, caballo de batalla del tenor Di Rubéis, cuyo retrato damos



ustedes hoy, *Cavalleria Rusticana*, un buen éxito de la Paoli, y *El viejo de la montaña*. Anoche debe haberse dado «*Orfeo aux enfers*» opereta que la compañía Tomba pone en escena con gran lujo.

Dicen que cuenta también en el repertorio á «*La Dolores*» de Bretón.

Venga de ahí, hombre, y tendrán ustedes un lleno que han debido procurarse antes.

Rz-Bemol.

Pues! ni más ni menos
que en tiempos de Santos,
¡los tiempos buenos!

Dice *La Nación*
que va mejorando
la situación....

—
Cual mansa majada
votan obedientes
sin decir nada

¡ay! los diputados
á creer á las gentes
por él nombrados.

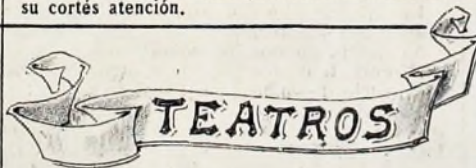
Y así pasan todos
por lo que á él le antoja.
De todos modos...

no hay ya más vergüenza
ni ya se sonroja
quien bien lo piensa.

Pues! ni más ni menos
que en tiempos de Herrera,
¡los tiempos buenos!

—
Dice *La Nación*
que va mejorando
la situación...

KKKEFF



Boccaccio é *Il Duchino* han sido las novedades de la semana en Solis.

Boccaccio tuvo una discreta interpretación por parte de la Gori y una muy atrayente por parte de la Marchessi, que tiene una voccecita dulce, simpática, de lindo timbre y dúctil sin esfuerzo.

En cuanto á Poggi, Marangoni y C.^a descubrieron en la serenata del primer acto un buen repertorio de insolencias que maldita la falta que hacían en nuestras orejas, y ni aún en las de las damas.

Y que lo sepan los señores cómicos. Cuando se es gracioso, se hace reir al público; y cuando no, se le deja serio; pero no se le ruboriza.

Porque vamos; que aquello hacía sonrojar á los bomberos.

Y quizá hasta á Don Julio el impuro.

La Gori cantó muy bien la canción del 2.^o acto y fué aplaudida.

Y Majeroni también cantó con gracia su *romanzetta*.

Il Duchino atrajo regular concurrencia, y Poggi con su original interpretación la hizo reir de buena gana.

Los demás compañeros merecieron sinceros aplausos y más público, porque cumplieron concienzudamente.

¡AL ASALTO!

Caras y Caretas



Para desesperación
de estos pobres, así hambrientos
que andan bebiendo los vientos,
está aún lejos la ración;
y dando salto tras salto
hecha, al verla, agua la boca,

ladra uno, otro se disloca
á ver quien llega más alto.
Así tenerlos es cruel,
pues si el buen mordisco que
ansian no les dan, se
les va á reventar la hiel

PARA ELLAS



LUISA

ESTUDIOS SOBRE LA MUJER

POR E. M. DE LYDEN

(TRADUCIDO EXPRESAMENTE PARA «CARAS Y CARETAS»)

(Continuación)

—Y ahora, dijo Mme. Ferrand medio satisfecha, os espero en casa esta tarde.

—Imposible; necesito quedarme en casa, y solo; espero a mis testigos.

En este momento anunciaron al coronel que una señora deseaba hablarle.

—¡Ah! ¿Son esos vuestros testigos? dijo Mme. Ferrand extrañada y ya descontenta. Pero luego, iluminada instantáneamente por una revelación: ¡No! —dijo— no puede ser más que ella...

—¿Quién es ella?

—Mme. Deslandes... Recibidla, coronel, yo me ocultaré ahí; y desapareció en un gabinete.

En efecto, era Luisa.

El coronel, ya lo hemos dicho, era un hombre de corazón; desde la primer mirada adivinó todo lo que pasaba en el alma de la pobre mujer; la recibió con las muestras del más profundo respeto, y antes que hubiese hablado la dijo:

—Cualquiera que sea la petición que vais a hacerme, señora, y la adivino;—cualquiera que sea mi respuesta, permitidme que os manifieste mi más franca estimación.

Después esperó:

El corazón de Luisa latía violentamente; se sentía desfallecer y no podía contestar.

—Tranquilizaos, señora; comprendo y respeto vuestra emoción.

Luisa había exigido que Mr. Camphrinet se quedase en el carruaje, pero estaba interesada, en que el adversario de su marido supiera, que no había ido sola, y le dijo:

—Caballero, un amigo de mi familia me ha acompañado hasta aquí; dignaos decirle por medio de vuestro criado que me habéis recibido, que no se impacienta.

—Voy yo mismo señora.

—Caballero, dijo el coronel a Mr. Camphrinet, me apresuro a anunciaros que tengo el honor de conferenciar en este momento con Mme. Deslandes, y os agradecería en extremo que viniereis a esperar a mi gabinete, puesto que no me parece conveniente que esperéis en este carruaje. El coronel d' Herry no ha dejado jamás a un hombre honrado a su puerta.

El pobre Camphrinet no supo responder a este cumplido, pero hizo lo que le pedía.

—Señora, vuestras órdenes están ejecutadas, y vuestro amigo se halla en mi gabinete; dignaos disponer de mí...

—¿No habéis adivinado lo que quiero, caballero? Quiero que no os batáis mi marido.

Y sofocada, y agotadas sus fuerzas, cayó casi de rodillas ante d' Herry, vertiendo un torrente de lágrimas.

El Coronel se conmovió profundamente. Aquel dolor inmenso, aquella súplica del corazón, le revelaron por primera vez la fuerza de un verdadero afecto.

—Señora, respondió levantando a la pobre mujer, os juro por mi honor, suceda lo que quiera, respetar los días de Mr. Deslandes.

Eru la misma promesa que hizo a Mme. Ferrand; pero entre las dos, había sin embargo, una diferencia enorme... El Coronel ofreció a la cantatriz hacer todo lo posible; empero a la esposa se lo juró solemnemente.

—Gracias, caballero; eso no es bastante... mi marido es el ofendido; mañana os enviaré dos amigos suyos, uno es mi hermano, soldado como vos... tal vez exijan una reparación...

—Están en su derecho, señora.

—Pues bien; en nombre de vuestra madre caballero, cuyo retrato es ese sin duda, ¿no es cierto?

—añadió señalando a un cuadro colgado en la pared,—yo os lo ruego, os lo suplico, rehusad esa reparación... y quiso precipitarse de nuevo a sus pies... El Coronel la detuvo; estaba muy pálida...

—¿No habéis invocado en vano el nombre sagrado de mi madre, señorial?

Sentóse entonces bruscamente delante de una mesa, y con mano temblorosa escribió algunas líneas que entregó a Luisa inclinándose.

La joven leyó ávidamente. Decía así:

«Caballero Deslandes:

«Deploro vivamente la cólera de que me he dejado llevar, y os ruego que aceptéis mis más sinceras excusas.

«Vuestro servidor,

V. D' Herry.»

Luisa lanzó un grito de de alegría, y esta cayó realmente de rodillas ante el retrato de la madre del coronel. Este se había retirado, y al cabo de algún tiempo volvió.

EPÍGRAMA

Por funcionario celoso
pasa D. Bruno y lo es:
Funcionario del gobierno
celoso de su mujer.

CUENTOS AJENOS



No es cosa muy agradable contar la historia de un primer amor, porque casi todos ellos suelen ser desgraciados.

Se parecen a las flores tempranas del almeandro; raro es el año que no las coge y destruye la helada.

Pues el primer amor que tuvo Juanito Viñaspre, famoso abogado hoy de una ciudad próxima a Madrid, fué cuando vino a estudiar leyes; y la prenda dichosa de su pasión (habrá necesidad de decirlo) una vecina.

Los estudiantes siempre tienen una ó varias veci-

Sport

Con un programa lo mejor combinado se efectuarán hoy en Maroñas la fiesta hípica anunciada por el Jockey Club y en la cual se correrá el premio clásico «Lavalleya».

Cinco pruebas componen el programa, y cada una de ellas es un verdadero rompe-cabezas.

En el premio «Lavalleya» debutará «Coquimbo», un hermoso potrillo hijo de Orbit y Columbia y propiedad de la Ecurie Agraciada, del cual corren muy buenas noticias.

También correrán Tina y Jónica, entre las cuales, según nosotros, está la ganadora de ese premio.

En el premio Sapho, en 1.000 metros, se hallan inscritas Sangre Azul, media hermana de «Imperio».

Florida, la pensionista del Stud Nacional, y que el domingo pasado tomó parte en el premio Las Haras, en Buenos Aires, llegando tercera de «Mardreselva», se halla anotada en el premio Colibrí.

Como el espacio de que disponemos es reducido, a causa del exceso de material, daremos a conocer nuestros pronósticos, que son los siguientes:

1.ª carrera, Premio Sapho—Miss—Recamier—batatazo, Locusta.

2.ª carrera, Premio Cuñatay—Richesse—Cuartero.

3.ª carrera, Premio Lavalleya—Tina—Jónica.

4.ª » » América—Junot.

5.ª » » Motinero.

ZAPICÁN II.

nas; alguna que otra vez carecen de libros, pero de vecinas nunca. Yo creo que sus patronas, al elegir las casas donde sientan sus reales, si es que tal locución puede emplearse con las que deben cobrar los de la gente estudiantil, hacen respecto a sus presuntos huéspedes la reflexión siguiente: «Ya que estudian tanto los pobrecitos, que amen también un poco;» si bien parece mentira que siendo tan blandas de corazón pongan tan duros los garbanzos.

La vecinita de Juanito Viñaspre se llamaba Amparo. Era hija única de una pensionista, y era morena y era pobre. ¿En qué consistirá que hay tantas morenas pobres por el mundo? La pensión de la madre de Amparo, roída además por la lepra usuraria, llegaba apenas para los primeros y más perentorios gastos de la casa; y para atender a los segundos y a los sucesivos las dos mujeres cosían.

Cosían casi siempre junto al balcón, y este balcón estaba al lado del de el cuarto de Juanito, cuarto en el cual debía nuestro amigo estudiar el Derecho Romano, mas en que fumaba cigarrillos con el libro delante, y Junio y los exámenes lejos de la memoria. Además, para distraer el cansancio de la costura, Amparo cantaba, y la muchacha tenía muy bonita voz, de contralto por supuesto, como casi todas las morenas; y Juanito Viñaspre era ídola de la música. Así es que, dejando la colilla sobre Justiniano, solía decir muy amenudo: «¿Qué bien canta la vecina, y qué guapa la hizo Dios! ¡Si yo me atreviese!...» Una tarde se atrevió. Ella estaba en su balcón; él salió al suyo y le dijo:

—Canta usted como un angel, vecina.

—¿Usted lo cree?

—Hace muchísimo tiempo.

Y entablado de esta manera el diálogo, después se dijeron mil y mil cosas más que no he de repetir yo aquí. Baste consignar que cuando cayeron las primeras sombras de la noche había nacido el amor en aquellos corazones, y el sol se ocultó pensando: «Hoy no he perdido el día.»

—Me enamoré como un loco, decía Viñaspre contándose su aventura. Era mi primera novia; tenía yo diez y ocho años, ella diez y siete; ella morena y yo estudiante.

Todas las tardes y todas las noches nos las pasábamos en el balcón hablando, riendo, haciendo las paces. La calle donde vivíamos era muy solitaria, y además, aun cuando nos hubiese contemplado toda la gente que cabe en la Puerta del Sol, habríamos hablado y reído del mismo modo.

Por supuesto, los libros no merecían de mi parte ni la más somera mirada. Tenía los ojos llenos de aquella cara morena, de facciones valientes, demasiado acentuadas tal vez, pero de dibujo vigoroso y correcto. ¡Imagínate si en tales condiciones iba a estudiar las servidumbres! ¡Qué más servidumbre de luces que la del amor cuando nos mira por unos ojos negros!

El curso adelantaba y mi cariño crecía. Ya una importuna cordoniz de la vecinita llamaba al alba en las noches de Mayo, turbando con sus guturales cantos nuestros coloquios.

Nueva Julieta, hubiera podido decirme Amparo: «Retírate Juanito. Escucho el canto de la alondra

que anuncia la proximidad del día.» Y yo le hubiese contestado: «No es la alondra, Amparo de mi corazón; es la cordoniz del tendero de ultramarinos, que tiene el mal gusto de dar cinco golpes mientras te estoy diciendo que te quiero con toda mi alma.»

Ello es que llegó el mes de Junio; que tuve el atevimiento de examinarle; que fui a mi pueblo hablando de injusticias de los profesores; que mis padres me creyeron porque siempre creen al principio estas cosas; que pasó un verano tristísimo acordándome de Amparo, y que en cuanto apareció Setiembre regresé a Madrid, y al verla de nuevo comprendí lo mucho que la quería; porque apenas me habló creí que me despertaba.

Una noche convidé al teatro a la madre y a la hija, y desde el día siguiente entré en la casa. Como puedes figurarte, no parecía esta un palacio real ni mucho menos. Todo en ella era pobre y humilde, pero todo estaba limpio y colocado con cierta coquetería. Las manos de las mujeres saben poner los muebles de una manera que parece que éstos se quedan dándoles las gracias.

Celebrábamos nuestras conferencias de las tardes y teníamos nuestra tertulia de la noche en su gabinete, empapelado con un modesto papel blanco rameado de flores azules; el gabinete tenía un balcón que era el último de la fachada de la casa.

¡Qué horas tan dulces he pasado en aquel gabinete, aunque si me preguntases detalles de esas horas no sabría contártelos! Los que aman por vez primera son la desesperación de los novelistas y de los autores dramáticos.

Amparo correspondía a mi adoración con un cariño bastante intenso; no estaba tan loca como yo, pero me quería lo suficiente para que a mí se me antojase que lo estaba; mas en cuanto a su madre, la buena o la mala señora se entretenía en darnos disgustos.

No era yo su ideal; no le bastaba un estudiante. Quería algo mejor para su hija, y sobre todo algo con más dinero; el dinero era su pesadilla. Angustiada por constantes apuros, estaba esperando siempre al Redentor; a un Redentor salido del Banco, como Jesús de entre los judíos; y en cuanto ese creso se presentara con buenas o con torpes intenciones respecto a Amparo, ¡ay de nuestro cariño!, ¡ay de nuestros sueños de ventura! Todo se habría acabado.

Y mientras tanto nosotros ¡infelices! nos entreteníamos en escribir en el papel blanco con flores azules del gabinete, bajo la salvaguardia y escondrijo de unos malos cuadros que decoraban las paredes, yo: «Te quiero con toda mi alma», y Amparo: «No te olvidaré nunca». Los enamorados que van al campo destruyen la corteza de los árboles; nosotros, más modestos, garrapeábamos en la epidermis del casero.

En esto, el Creso relativo llegó, y el idilio trocóse en tragedia. No te contaré las escenas de ésta. Lloramos mucho; yo pensé matarme; no lo hice: Amparo me juró que apesar de todo no me olvidaría nunca. Aborrecí a las mujeres; me puse enfermo, me suspendieron nuevamente en Junio, me fui a mi casa, dije a mis padres que Madrid no me probaba para la salud ni para la carrera y decidieron enviarme a otra Universidad. Efectivamente; al año siguiente fui a Zaragoza, y aquí se acaba la primera parte de mi primer amor.

Ahora, puesto que tú ya sabes la segunda, puedes contárselo al que quieras, é incluso escribirla si imaginas que haya quien pueda tener gusto de leerla, que si lo habrá, porque en el mundo solo dos cosas consiguen público verdadero; el amor para las comedias, y la muerte para los dramas.

Esta segunda parte debería de titularse, «Diez años después», porque diez años después de ese amor y de ese rompimiento, siendo ya Viñaspre un señor abogado y aún habiendo defendido a varios criminales famosos de su pueblo (que por cierto fueron a la horca), vino a dar una vuelta por Madrid impulsado por no sé qué negocio y por el afán de refrescar sus recuerdos.

Y como apesar de los diez años transcurridos y de sus desafortunadas defensas forenses Viñaspre se acordaba con cierta melancólica ternura de Amparo, la primera tarde de su estancia en Madrid, salió de la fonda pensando: «Me figuro que no habitará ya en la calle donde ambos vivíamos, pero de todos modos quiero contemplar su casa, la de aquel gabinete blanco rameado de flores azules donde tan felices pasaron para mí las primeras horas de mi primer amor.»

Y sumiéndose en la dulzura de sus recuerdos, y tropezando con los transeuntes se encaminó a la solitaria calle cuyo nombre ignora. ¡Su calle de estudiante, su calle de enamorado, su calle única de Madrid!

Vió la tienda de ultramarinos donde vivía el due-

ño de la codorniz; un poco más arriba, y aquella era la casa del gabinete. Apresuró el paso, latió también más aprisa su corazón, y de pronto Viñaspre se detuvo asombrado. ¡La casa no existía! Una valla de carcomidos y desiguales tablones marcaban la línea de su fachada; por encima de aquella y en el fondo se veía la mancha amarillenta y sucia de las paredes traseras de otras casas, paredes acribilladas a tragaluces, y del solar donde se alzó el edificio de sus sueños amorosos salía un olor a mohó, a humedad, a papeles viejos, a tierra removida, a cosa sucia, a cosa muerta... ¡el olor característico del derribo! ¡a lo que huelen las casas viejas cuando se mueren!

Viñaspre sintió que dentro del alma se le derribaba otro edificio, el de sus memorias; pero aún le quedaban mayores tristezas. Alzando los ojos vió en la pared medianera de la casa inmediata como un plano vertical de las habitaciones adosadas a aquella, y que fueron del edificio derribado, la línea de los techos perfectamente acusada; oscuras manchas en los sitios donde estuvieron las chimeneas y amarillentos y rotos, pero todavía encuadrados sobre la pared, los papeles que decoraron las habitaciones; y entre éstos, allá en lo que fué nido principal.



donde existió el gabinete nido de su primer amor, el consabido papel blanco rameado de flores azules... Un ancho desgarrón pendía sobre la línea del techo del piso bajo; tal vez en aquel girón estaban sus cándidos garrapatos de «Te quiero con toda mi alma» y la respuesta de Amparo: «No te olvidaré nunca.»

De todas suertes era muy triste ver aquel girón de papel que oscilaba al impulso del viento, única cosa que se movía sobre el amarillento hueco donde existió una casa en la que se había amado, en la que se había vivido, donde moraron seres dichosos o seres infelices... Parecía como si alguien agitase un pañuelo de despedida sobre un escenario triston y vacío, sin decoraciones, sin bambalinas, sin actores...

Viñaspre sintió que se le llenaban de lágrimas los ojos; medroso de que lo notase algún transeuntes, y haciendo esfuerzos por contener sus lágrimas pensaba: «La casa ya no existe. ¿Qué habrá sido de Amparo?...

—Después de comer iremos esta noche al teatro, le habían dicho sus amigos.

—Iremos, respondió Viñaspre.

Y se fueron a un teatro por horas, no sé a cuál; a un teatro de los del género chico y pornografía con música.

Se alzó el telón; salió el coro de señoras llevando éstas ropas muy escasas, porque el argumento, también sumamente escaso lo requería, y el bueno de Viñaspre, que como excelente provinciano quería ver muchas cosas en poco tiempo, recorrió rápidamente con la mirada la fila que formaba el coro de señoras y se puso primero muy encendido, después densamente pálido.

O le engañaban sus recuerdos y le mentaban sus ojos, o la tercera corista de la derecha era Amparo; una Amparo avejentada y marchita, ¡pero la suya! ¿Cómo era posible que la infeliz hubiera caído a tan miserable situación? Sin duda el Creso comenzó la eterna historia de seducción y de engaño, y la víctima había ido rodando hasta las degradaciones postreras.

Cuando terminó lo que el cartel llamaba aplaudidísima obra, dijo Viñaspre a sus amigos.

—¿Alguno de vosotros entra en el escenario?

—Yo, le respondió uno.

—Tienes inconveniente en acompañarme?

—Vamos.

Viñaspre quería convencerse de que no le engañaban sus recuerdos ni le habían mentado sus ojos.

Entraron en el escenario; sorteando decoraciones y advertencias de los tramoyistas se dirigían hacia el fondo, cuando del grupo que formaban un hombre y una mujer, los cuales parecían buscar la penumbra de uno de los laterales más oscuros, salió una voz airada que dijo: «Lo que eres tú es una grandísima...», y antes de que la frase concluyera sonó un agudo grito y la mujer cayó derribada al suelo.

Corrieron en aquella dirección tramoyistas, apuntadores, tiples, genéricas, coristas, amigos de la empresa; cuanta gente había (y era mucha) en el escenario, y antes que toda ella corrió Viñaspre, quien, mientras el director de escena exclamaba furioso: «¡A ver, ese hombre a la cárcel; espulsado de la compañía; aquí no se dan escándalos ni se pega a las mujeres!» contemplaba a su Amparo, porque era ella, derribada y exánime en el suelo por el golpe soez de un amante brutal y cobarde...

¿Qué le quedaba al infeliz Viñaspre de aquel su primero y purísimo amor, cuyos recuerdos le llenaban de dulce melancolía? La casa derribada... la mujer caída... y flotando en el aire un girón de papel de un blanco sucio con descoloridos ramos

azules sobre el amarillento hueco que olía á moho, á tierra removida, á cosa muerta, al olor característico del derribo, á lo que huele todo lo que se acaba, todo lo que se derrumba ó se deshace en nuestra vida... Yeso, suciedad, escoria!...

Pero no creáis ¡oh lectores! que el caso de Vinaspre es único. Todos vosotros, al concluirse vuestro primer amor, tuvisteis vuestros derribos.

El mundo ya no os pareció como os había parecido hasta entonces, un gabinetito empapelado de blanco con ramos azules, y el tipo ideal de la mujer cayó derribado del altar de vuestro corazón al lado de la calle.

Por eso, si me dijeseis que este cuento os parecía enojoso y largo, os respondería que es además simbolista con arreglo al último figurín de la moda literaria, y de fijo que así os cerraba la boca.

José de Roure

(Dibujos de Huertas, reproducción de A. Giménez)



La España, dando cuenta de la fiesta efectuada en la Legación de España, titula *Discurso del señor Presidente* al suelto que sigue:

«El Exmo. señor Presidente de la República, dijo; que asistía con el mayor gusto á ésta simpática fiesta y brindaba con cariño por su Magestad el Rey y Su Magestad la Reina Regente de España.»

Como discurso no habrá en la historia de la palabra humana nada más corto. Verdad que es un discurso de don Juan Excelencia.

Pero no se deduzca de aquí que nuestro prohombre sea escaso de facultades.

Hay que tener en cuenta que esto lo dijo en la «expléndida cena» con que le obsequió el Ministro español.

Y que por lo tanto se trataba de tragar y es dicho muy verdadero que no se pueden hacer dos cosas á un mismo tiempo.

Parece que el Dr. Sana-relli, en cambio de Adigrat, que acaban de evacuar las tropas italianas, quiere conquistar el Instituto de Higiene para su patria.

Y anda en trabajos para importar á él un subdirector italiano y hasta un ayudante italiano.

Vamos; que sólo faltará que vengan Baldissera, Barattieri y el Mayor Salsa.

Así, con ese Instituto, nos vendrá á salir más cara la salsa que el pescado.

Me temo que cualquier día va á tener que pedir carta de ciudadanía italiana el Dr. Vázquez Acevedo.



que los tres miembros del Tribunal fueron un tanto severos, pues que Ferraco estuvo en un tris de morir también.

Así es que

Tenga ó no tenga razón consuélese el buen sujeto pensando que ha sido objeto de tan linda combinación. ¿eh?

Vamos; que también quiero yo darme un cortesito de noticioso, y allá van unas cuantas noticias, estilo diario, que he combinado para mi uso particular y que pueden Vds. leer haciendo de cuenta que han leído todos los diarios de la semana.

TELEGRÁFICAS — Habana,

etc.—Tuvo lugar ayer un encuentro entre las fuerzas leales y las insurrectas (así lo estampan los diarios republicanos de nuestro Uruguay independiente). Los últimos tuvieron ochenta muertos y cien heridos; los españoles un caballo muerto de susto.

Parece raro, pero quien lea los diarios

estas noticias verá día á día repetidas.

¿Tendrán, por Dios, siete vidas los españoles allá?

En las esferas oficiales:

«S. E. el señor Presidente de la República concurrió ayer á su despacho permaneciendo en él hasta las seis de la tarde. Recibió la visita del coronel tal, el diputado cual y otros.»

Pues, para el sueldo que gana, hace bastante don Juan. Eso también lo leerán día á día en la semana.

Sociales.

—Llegó ayer de Buenos Aires el distinguido caballero Don... acompañado de su distinguida señora.

—Partió ayer para la vecina orilla la distinguida señora doña... acompañada de su distinguido esposo y de su distinguida hija.

—En estos días llegará del viejo mundo el distinguido joven Don... que fué en viaje de recreo.

—Parte próximamente para Europa el distinguido médico Don...

Etc., etc., etc.

A esto, como lo ven bien en vez de *Mundo Social*, sería más natural llamarle siempre *Vaién*.



Y esto, haciendo caso omiso de lo que pagar les toca... ¿no habrá que pedir permiso también para abrir... la boca?

Y vaya también en estilo diario noticioso, esta, para concluir.

La falta de espacio nos obliga á retirar importantes materiales que teníamos preparados. Pedimos disculpa.

Después de leído lo que se publica, piense usted si serán trascendentales los sobrantes materiales!

Correspondencia Particular

L. Foráneo Diaz—Paysandú—

Será indiscreto, á su vez, pero le juro, Foráneo, que estoy loco por saber que tiene dentro del cráneo; y aunque fuera desdorado quizá guarda usted en él queso, porque si tuviera seso, no esbiraría tan soso.

Livio Druso—Montevideo—

Su buena intención comprendo y, créame, Livio Druso, de torpeza no le acuso; pero, vamos; ¡no lo entiendo!

P. Lito—Id.—

Fuera gran casualidad que siendo suyo el versito, no resultara, P. Lito alguna barbaridad.

Colds Col—Id.—

Es más indigesto que las longanizas de Vich, y no lo entiendo ni usted; digo; me parece á mich.

L. C.—Mercedes—

Me pone usted en un potro porque no es malo, aunque largo, pero... aunque bien me hago cargo, ¡si se escribiera usted otro!...

Correo administrativo

M. T.—Florida—Están prontas las colecciones pero no se sujetó usted á las condiciones del aviso que exigía el pago del porte de retorno. Envielo usted.

L. S. B.—Pando—La suya si que no está ni podrá estar mientras no llene las condiciones de pago exigidas en el antedicho aviso.

CAFÉ NINE PINS

Espléndidos almuerzos á 40 centésimos. Comidas á 50 centésimos. Servicio á la carta á 6 centésimos el plato! Jueves y Domingos platos especiales.

Servicio á todas horas.

Dirección de cocina á cargo del maestro italiano D. Francisco Fortunato, hombre famoso si los hay. Servicio esmerado en salones particulares.

